

tos son los verdaderos frutos de las victorias que la política consigue sobre el deber; aseguran el éxito del momento y sacrifican el porvenir. En este sentido decimos que la observancia de la ley del deber es la verdadera política. ¡Utopía! se dirá. Para el pasado sí, para el presente tal vez; pero decir que siempre debe ser así, es negar la existencia de un orden moral en el universo, es negar á Dios.

CAPÍTULO III.

PREPARACION DE LA UNIDAD ITALIANA.

§ I.—La unidad romana.

El destino de los Romanos ofrece un extraño espectáculo. Es el pueblo que debe realizar la unidad del mundo antiguo, y encierra en su seno dos razas distintas, hostiles. Los patricios solos forman la ciudad; defienden con tenacidad el acceso á los plebeyos y no ceden más que despues de una lucha secular. La antigüedad tiene tan poca conciencia de la igualdad, que los plebeyos, á su vez, rehusan el asociarse con sus hermanos y sus compañeros de armas, los Italianos. La unidad de Italia es el resultado de una guerra civil. Por su parte los Italianos han querido tan sólo una parte del imperio, del mismo modo que los plebeyos; no han pensado en pedir la igualdad para todos. Las provincias son duramente explotadas por los vencedores. Estas nacionalidades aniquiladas permanecen pasivas, se doblegan bajo el yugo; es preciso que la Providencia tome la iniciativa y traiga uno de esos emperadores monstruos, cuya vida es como un misterio, para llamar á los habitantes de las provincias al derecho de ciudadanía.

Así transcurren más de ocho siglos ántes que el Imperio realice la unidad del mundo. Esta unidad no es más que la igualdad del despotismo; no comprende más que á los hombres libres; pero abre el camino de aquel que fundará las bases de la upidad humana enseñando la fraternidad de los hombres. Para realizarla será menester una raza nueva, dotada del sentimiento de la libertad

que faltaba á los Romanos del Imperio. Los Germanos rompen la falsa unidad y preparan el reinado de la verdadera unidad, que no puede existir más que por el reconocimiento del derecho de los individuos y de las naciones.

II.—Lucha de los Patricios y Plebeyos (1).

N.º 1.—*Los Patricios. Los Clientes. Los Plebeyos.*

Hemos dicho en otra parte por qué la organizacion de las castas no se estableció en el mundo occidental (2). Lo mismo entre los Romanos que entre los Griegos la aristocracia está en lucha con el pueblo; pero en Roma la lucha termina con la union de los dos órdenes. Cuando los plebeyos conquistaron la igualdad depusieron las armas, y de acuerdo con los patricios marcharon á otra conquista, la del mundo. Esta armonía de los ciudadanos no fué ciertamente duradera; la nobleza reemplazó al patriciado, y volvieron á empezar las disensiones. Pero no por esto dejó de ser la igualdad que Roma fundó en su seno un gran progreso en la marcha de la humanidad: por haber realizado la unidad en la ciudad pudo extenderla despues al mundo. Bajo este punto de vista, la lucha de los patricios y plebeyos es una de las fases más memorables del laborioso desarrollo de la *Unidad Humana*.

Las disensiones de los patricios y plebeyos llenan los cuatro primeros siglos de Roma. Son la guerra en el interior de la ciudad, y son una guerra permanente, como la guerra exterior. Se sabe cuál era el objeto de la lucha, pero apenas se conocen los combatientes. Los historiadores antiguos hacen del patriciado una institucion de Rómulo, miéntras que los escritores modernos, penetrando más profundamente en el carácter de las edades primitivas, han creído reconocer en los dos órdenes nacionalidades di-

(1) *Historia de la lucha entre los patricios y los plebeyos en Roma*, obra póstuma de ARTURO HENNEBERT, discípulo de la Universidad de Gante, publicada por ROULEZ, profesor de la misma Universidad. Gante, 1845.

(2) Véase el tomo II de mis *Estudios*.

versas. Todas las probabilidades están á favor del sistema de *Niebuhr*. No es esto decir que los plebeyos hayan sido una de esas razas inferiores, tales como las que ocupaban la India cuando la invasion de los Arios. Plebeyos y patricios pertenecian á una misma familia, la de los Indo-Europeos. Pero la unidad de origen, áun el parentesco no impedian la division en la antigüedad: tes-tigo las relaciones de los Dorios con las poblaciones conquistadas de la Grecia. Una cosa hay cierta en medio de las incertidumbres que reinan acerca de la historia primitiva de Roma, y es que las relaciones de los patricios y plebeyos no diferian de las que existian entre naciones extranjeras; es, pues, natural el creer que representaban, si no razas, al ménos tribus diversas. ¿Pero cómo se han formado estas relaciones? ¿Fué por el camino voluntario de la clientela ó por el rudo camino de la conquista? Sobre este punto no tenemos más que conjeturas y probabilidades. No tratamos de añadir una nueva hipótesis á las que ya se han presentado; hacemos constar los hechos, y entre los sistemas que tratan de explicarlos escogemos el que está fundado en las analogías históricas. Ahora bien, la igualdad es el más enérgico de los sentimientos del hombre; jamas una parte del pueblo se deja tratar voluntariamente como seres inferiores; semejante estado de cosas es siempre el resultado de la violencia y de la conquista. Este es el origen probable de todas las aristocracias.

En la organizacion primitiva de Roma, los *patricios* solos constituyen el pueblo (1). Reunidos en comicios (2), nombran los magistrados y áun el rey mismo; admiten ó rechazan las proposiciones que el rey presenta ante ellos; tienen los auspicios, y por medio de ellos se arreglan todas las cosas, en paz y en guerra, en el interior y en el exterior.

Á su lado encontramos los clientes y los plebeyos. La naturaleza de la clientela es bastante bien conocida, aunque se ignora su origen. *Dionisio de Halicarnaso* compara los clientes á los *periecos* y los *siervos* de la Grecia. Esto es ir demasiado léjos. La clientela romana tiene un carácter ménos duro que la institucion griega.

(1) *Popu us*.

(2) *Comitia curiata*.